Globethics Repository

Alfonso Comín [Alfonso Comín]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Oller Sala, Maria Dolors
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-15 00:34:45
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221356

Alfonso Comín: La lucidez de saber ser fiel a la realidad

Maria Dolors Oller Sala *

Recordando una trayectoria

Cualquier reflexión que profundice en la fuerza transformadora del Evangelio y el compromiso de los cristianos en la construcción de un mundo más justo se encuentra con la figura emblemática de Alfonso Carlos Comín, ingeniero industrial y político nacido en Zaragoza en 1932 y desaparecido prematuramente en Barcelona el 1980, un 23 de julio de hace ya 25 años.

Acertar a expresar su rica y poliédrica personalidad es ya de por sí tarea compleja a la vez que estimulante, pues Alfonso Comín pertenece a aquel tipo de personas cuya vida emerge como punto de referencia por su integridad y su compromiso. Asimismo, forma parte de aquellos hombres y mujeres de una generación que abrieron brecha en unos muros –no sólo políticos sino también eclesiales– cerrados y que han posibilitado que los que venimos detrás podamos respirar otros aires y ejercer nuestra adultez en la fe y en la lucha y el compromiso por un mundo más justo.

Alfonso Comín impactaba por lo que decía y, muy especialmente, por *cómo* lo decía. Quienes le conocían quedaban cautivados por su mirada penetrante y su sonrisa franca así como por el poder de su palabra que expresaba el *fuego interior* que le poseía. Era ese *motor* que le impulsaba al compromiso fiel, al trabajo constante, a la búsqueda siempre abierta, muchas veces en soledad, peregrino entre los peregrinos, con una fe que confiaba y una *esperanza contra toda esperanza*, encarnadas en la historia donde supo ver el rostro de Cristo en los pobres, en aquellos dejados en la cuneta por el sistema, a la vez que escuchaba su clamor. Era hombre de utopía, pero de *una utopía anclada en la realidad*, no fuera del mundo real: era consciente de que la fe cristiana no puede evadirse de lo real sin pervertirse y de que la historia sólo se puede transformar haciendo emerger aquello que ya está presente, aunque sea germinalmente. *Sólo así la utopía puede ser conciencia anticipadora de futuro*. Un futuro aún por escribir pero que está ya presente, porque el Reino

* *Profesora de ESADE. Barcelona.*

empezó con la vida entregada y la muerte resucitada del Señor Jesús, cuyo Espíritu penetra la realidad toda, fecundando la vida y el quehacer humanos.

Alfonso Comín actuó en muy variados campos: el cultural, el de la militancia política, el intelectual, el profesional, el de cristiano comprometido. Es una buena muestra de la riqueza de su personalidad y de la fecundidad de su vida, gastada en ser fiel a la realidad, oculta a menudo por la "versión oficial" de turno. Su procedencia e itinerario vital le convierten en modelo de referencia para muchos. Hijo de una familia aragonesa de tradición carlista, establecida en Barcelona, sin abandonar nunca su fe cristiana evolucionó hasta ser dirigente destacado del PCE y de su homónimo catalán, el PSUC, siendo figura emblemática del dialogo cristiano-marxista y participando activamente en el momento político de la transición. En 1973 fue uno de los impulsores del movimiento *Cristianos por el Socialismo*. Y en 1980 fue elegido *diputado al Parlament de Catalunya* por la circunscripción de Barcelona, presentándose en las listas del PSUC, pero no pudo tomar posesión de su escaño pues se encontraba ya gravemente enfermo. Aunque no teorizó sobre el particular, la vida de Alfonso Comín, quien valoraba la diversidad sin renunciar a las propias raíces, es un ejemplo claro de cómo es posible creer a fondo en el autogobierno de Catalunya y a la vez comprometerse solidariamente con el resto de pueblos de España. Su obra escrita está recogida en más de 6.000 páginas distribuidas en 7 volúmenes, que nos hablan de su actividad y dinamismo.

El pasado 19 de setiembre en el Auditorio de Cultura Contemporánea de Barcelona se reunieron en su memoria varios centenares de personas, algunas procedentes de distintos lugares de España. Muchos de ellos le habían conocido en vida y habían compartido con él sus anhelos y esperanzas, su "fe en la tierra", en sus hombres, en sus gentes. Su presencia se hizo sentir a lo largo del acto. En realidad el protagonismo se le dejó a él por entero: fue un "dejarle hablar" nuevamente, a través de sus textos, leídos por sus hijos, su esposa, sus amigos. Y sus reflexiones, opciones, preferencias parecían inusitadamente actuales, llenas de frescor. Sus palabras, intercaladas con filmaciones de la época, nos hicieron revivir acontecimientos no muy lejanos de nuestra historia. Por la pantalla desfilaron escenas de unos años que fraguaron el presente que vivimos, y pudimos escuchar su voz y ver sus imágenes en la pantalla, en la que fueron entrelazándose las escenas del militante político con las del intelectual y profesional comprometido, del cristiano apasionado en la lucha por los pobres y la justicia con las del esposo y padre, amigo de sus amigos. Particularmente emotivo fue evocar la soledad de sus meses de cárcel en la Modelo de Barcelona, separado de sus seres queridos… Un Alfonso combativo y lúcido en sus análisis y reflexiones políticas y sociales o en aquellas otras que tenían como punto de mira a la Iglesia, un *hombre lleno de cualidades que no se reservó para sí*, puesto que generosamente las puso al servicio de la causa de los más débiles, incansable siempre, incluso cuando la grave enfermedad que le aquejaba iba minando inexorablemente su salud. Y es que el amor animaba su esperanza, un amor sin tregua.

Una vida unificada

Tratar de definir la rica personalidad de Alfonso Comín nos obliga a ex-

plicitar alguna de sus características más notorias. Y entre ellas sobresale su *capacidad de armonizar aquello que parece imposible, en una experiencia hecha vida.* Una buena muestra de ello la tenemos en que en él se realizó el encuentro armónico de una praxis transformadora de la historia con el potencial revolucionario de la experiencia cristiana, esta fe que no vivió nunca como freno sino en progresión dinámica, *atento al Espíritu y a los signos de los tiempos.* Asimismo, fue capaz de asumir dialécticamente actitudes no sólo mutuamente conflictivas sino incluso contradictorias.

Así, era hombre contemplativo y hombre de acción, artista e ideólogo, pensador y activista, militante de base y dirigente político. Y ello fue posible porque a pesar de su actividad frenética en mil y un campos, había en su vida un hilo conductor, un motor interno: *vivía unificado desde el corazón, en el que latía la pasión por el Padre y la pasión por la fraternidad,* en seguimiento de Aquél cuya memoria es a la vez subversiva y subyugante, peligrosa y vivificante. En él *su amor a Dios y al prójimo provenía de un mismo impulso indisociable*, *de una única fidelidad*, que hacía convertir su fe en Dios en fe en el hombre y en la tierra, concretándose de inmediato en lucha por la felicidad y la dignidad de los demás. Y eso no sólo en la lucha estrictamente política: Alfonso Comín *fue capaz de poner también su profesión al servicio de los más desfavorecidos*, preguntándose como ingeniero por la mejor forma de ayudar a transformar las estructuras injustas y opresoras del momento, renunciando al enriquecimiento por la profesión, y colaborando con aquellos trabajos socialmente justos, aun a costa de sacrificar un futuro profesional prometedor.

Testigo de una Verdad que es Justicia

Y habría también que definirle, sin duda alguna, como un *testigo de la verdad* y, precisando más, *de la verdad de lo real, a la que quiere ser fiel en todo momento*. Alfonso Comín se propuso la búsqueda de la verdad, liberándola de la fragmentación y la opacidad a la cual está sometida. *Y esa verdad, que afecta a todo ser humano, descubrió que es la justicia,* que él vive inseparablemente de su opción de fe, de su respuesta a la llamada a seguir a Jesucristo. Todavía hoy recordamos su afirmación ante el TOP, en enero de 1968, mientras lo estaban juzgando por un artículo escrito en la revista *Témoignage Chretien* a propósito del referéndum franquista de 1966: "Una frase de van der Meersch, leída hace tiempo, marcó mi comprensión de la labor del intelectual; una frase que dice: *La verdad, Pilatos, es ésta: ponerse al lado de los humildes y de los que sufren"*. Esta frase me ayudó a comprender que la verdad reclama tomar partido por los pobres, por los oprimidos, por los perseguidos; [y me ayudó a comprender] que el servicio a la verdad pide comprometerse a su lado". Estas palabras le marcaron de forma definitiva, vitalmente y como intelectual y político. Por eso siempre estuvo al lado de los perdedores, en compromiso con los débiles, los humildes, los oprimidos. No porque fuesen mejores, sino simplemente por el hecho de ser los perdedores, las víctimas de la historia. Y ello por un sentido de justicia y de solidaridad.

Puso sus conocimientos al servicio de quienes sufren injusticia, para contribuir a su liberación, apostando por un *amor asimétrico* como lo es el Amor del mismo Dios, revelado en Jesús de Nazaret, quien habitó los

márgenes de la historia para hacer realidad precisamente la experiencia de que Dios es Padre y todos hermanos, sin exclusiones, pudiéndose así visualizar, en definitiva, la *universalidad del Amor de Dios*. "Conocer" esa verdad vivificaba su pensamiento, sus opciones profesionales, su tarea intelectual, sus compromisos políticos y religiosos, la totalidad de su vida. Y eso era lo que muchos percibían, un "conocimiento" transformado en vida.

Su *vivencia radical de la alteridad* –del Otro y de todo otro– confería a sus palabras y a sus actuaciones una *credibilidad* que iba más allá de los planteamientos políticos e ideológicos. Al mismo tiempo, sabía percibir en los demás, especialmente en el rostro de los pobres y oprimidos, el rostro del mismo Cristo que le llamaba al *compromiso con una justicia que brota de la fe*. *Lo suyo de luchar por los pobres no era ideología*. Estaba enraizado en un motor que le nutría: su fe en ese Dios encarnado que nos salva desde el interior de la realidad, no desde fuera. *Era vulnerable a Dios y a los demás, especialmente a los que sufren*, o mejor, en el ser vulnerable a éstos, lo era a Dios y en la entrega a ellos vivía la entrega y acogida a ese Dios que encarnado y resucitado ha penetrado toda la realidad. Y con su compromiso participaba en la construcción del Cristo total en el cual Dios será todo en todos.

Sus maestros

El *cristianismo social* que marca toda su existencia y evolución política, hunde sus raíces en dos personalidades cristianas también de primera magnitud: Charles de Foucauld, en quien encontrará la apasionada vivencia de una fe desnuda, pobre, anticonvencional, encarnada en la realidad, como *levadura dentro de la masa*, que se hace una con los pobres de la tierra, y Emmanuel Mounier, cuyo pensamiento le marcará decisivamente. De Mounier heredó su gran libertad interior y su *anhelo de ser cristiano y ser al mismo tiempo del mundo, rompiendo con toda dualidad* y, en consecuencia, su deseo de ser persona comprometida. Este gran cristiano y *padre del personalismo* fue quien le introdujo en el marxismo e hizo descubrir a Comín y a toda su generación el compromiso y lo que significa el *desorden establecido.* De él aprendió que *sólo arriesgando la vida es posible transformar la historia*, de la misma manera que *sólo es posible vivir la fe como libertad que se arriesga*. No podemos contemplar la realidad desde una torre de marfil mientras se decide la suerte de tantos seres humanos; *hay que ensuciarse las manos*, y actuar, aún a riesgo de equivocarse, pues la no acción sirve para consolidar un *statu quo* de injusticia del que todos entonces somos responsables. Nadie puede vivir de espaldas al mal y a la injusticia causada por el hombre. Por eso, Alfonso Comín, con un agudo sentido de la responsabilidad propia ante la injusticia del mundo, *mirando la realidad desde abajo* y sintiendo solidariamente como propio el dolor de las víctimas, de los sin voz, al culminar su proceso de discernimiento vio en el socialismo de inspiración marxista el instrumento teórico y práctico para realizar una profunda transformación social que abriera las puertas a una sociedad y a un mundo más humanos, por ser más justos.

Un cristianismo y un marxismo en libertad

Es evidente que *ni el marxismo ni el cristianismo vividos por Comín tenían nada de alienante*. Eran conce-

bidos y vividos en libertad creativa, antidogmática, humanizadora y humanizante, abierta constantemente a la renovación, pues sólo así pueden ser de verdad liberadores. Y, en este sentido, trabajó intensamente tanto en el interior del Partido como en el interior de la Iglesia para que abandonasen ambas instituciones el lastre histórico y se abrieran a la realidad para transformarla de verdad, abordando los nuevos retos como oportunidades ofrecidas, más que como amenazas contra las que había que reaccionar a la defensiva. Por ello no es de extrañar que su fidelidad a la realidad le impulsara a ser un defensor de los disidentes de los países del Este y a levantar también su voz en el seno de la Iglesia católica para reclamar la libertad de conciencia y el respeto a los derechos humanos.

La *libertad creativa* de Alfonso Comín se puso de manifiesto en su labor editorial, rescatando autores malditos, publicando autores considerados peligrosos, etcétera. Pero tal creatividad llega a su máxima expresión en la forma cómo planteó al PC el tema –hoy de absoluta actualidad– de la *laicidad*. Tuvo el coraje de considerar, en el seno del Partido, que el comunismo se había dogmatizado o "confesionalizado", convirtiéndose en una especie de Iglesia, por lo que *se impuso la tarea de laicizar el Partido*, desdogmatizándolo y reconociendo en su interior una pluralidad de tradiciones, entre ella la cristiana, dotándolo de autocrítica y abriéndolo a nuevas metas. Es así como podrá considerarse *cristiano en el Partido y comunista en la Iglesia*, abriendo puertas y situándose contra todo sectarismo que haga considerar a un grupo superior a los demás e imponer sus criterios. Fiel a este planteamiento*, llegó a valorar la presencia cristiana en el PC como una manera de reforzar su carácter laico*. El fue, qué duda cabe, uno de los que contribuyeron mayormente a desarmar la ideología antirreligiosa del marxismo y a desconfesionalizar el compromiso político de los cristianos. *Vivía, pues, la raíz antiidolátrica de la fe cristiana de una forma clara, lo que le impedía absolutizar cualquier realización histórica.*

Así, consciente de la historia tanto del cristianismo como del movimiento comunista, *asumió las dos herencias*, con sus logros pero también con su pasado oscuro, puesto que *ambas han mezclado la liberación con la opresión.* Y en 1977, en la introducción de su libro *Cristianos en el Partido, comunistas en la Iglesia*, se atreve a escribir este convencimiento: "La encrucijada de la liberación se encuentra hoy en la confluencia del movimiento comunista y del potencial revolucionario de la palabra evangélica que, durante mucho tiempo, ha sido secuestrado e incluso históricamente enterrado". Hombre de convicciones profundas, Alfonso Comín *supo cultivar una libertad interior que le permitió apostar con radicalidad por aquello que juzgó lo más importante, el ser humano y su plena realización*. Haciendo valer sus convicciones cristianas más íntimas, rompía los esquemas tanto del Partido como de la Iglesia, desafiando los dogmas establecidos en una u otra institución y ello lo hacía porque *ponía al ser humano en el centro de su quehacer y su preocupación*. Por ello podía escribir: "Los hombres no se dividen entre ateos y creyentes, como dice la mayoría de la jerarquía católica. Los hombres, en profundidad, se dividen entre quienes creen en el hombre, en la posibilidad de transformar la sociedad y construir una sociedad nueva y quienes no creen el hombre. Entre los ateos los hay que no creen en el hombre y entre los cristianos que ocupan nuestras igle-

sias hay multitudes que no creen en el hombre. El cristianismo que no cree en el hombre no pude creer en Dios; esto está dicho de forma muy contundente en el Evangelio" (1965). *Ésta es la verdadera línea divisoria*. Su atención se centraba, pues, en los *hombres reales*, en sus esperanzas y, muy especialmente, en sus sufrimientos concretos. *Y el hombre sufriente, objeto de su preocupación, es precisamente el punto de intersección de sus dos militancias.*

Vivir la trascendencia pública de la fe y la política como vocación

Cristiano comprometido, Alfonso Comín *vivía la trascendencia pública de la fe:* entendía su fe públicamente y lo expresaba políticamente, desde el seno del comunismo. Sin embargo, *no era sólo un cristiano comprometido políticamente*. *Su doble militancia de cristiano en el partido y comunista en la iglesia, no quedaba intramuros de las dos instituciones*, partido e iglesia, sino que *salía a la luz pública* e interpelaba e iluminaba a muchos. Ésta fue una característica suya, que estaba en íntima relación con su coherencia de vida.

En unos momentos faltos de verdaderas "vocaciones políticas", bueno es recordar que Alfonso Comín *vivía la política con vocación de servicio*, *como amor político, estructural, capaz de transformar la realidad* puesto que: "La fe se manifiesta en el amor y la mayor expresión del amor en el siglo XX es la política… el creyente no existe solo, tan sólo existe como parte de la Comunión de los santos, como parte de un Pueblo en marcha, como parte de un todo en el que se está jugando la salvación colectiva, salvación que pasa por el proceso de liberación de todo un pueblo" (*Fe en la tierra*, 1975). Porque *sólo el amor estructural puede trasformar las estructuras de injusticia en otras en la línea del Reino y a ello nos urge la fe cristiana, pues Dios sólo puede reinar cuando, como hermanos, nos sentamos a compartir la mesa de este mundo*. A su vez, su libertad creativa se mostraba también en la construcción de lo político: Alfonso *hablaba de la recuperación o incorporación de nuevas virtudes políticas, como la ternura, la misericordia, la compasión, el valor absoluto de la persona.*

Un Profeta de nuestro tiempo

Auténtico Profeta de nuestro tiempo, no podía dejar de denunciar aquello que rompía la fraternidad del Reino, porque su experiencia de Dios le dotaba de esa sensibilidad que le hacía ponerse del lado de las víctimas de todo sistema opresor. Y así, *contrario a una fe formal, ritualista,* lúcidamente *apostaba por una fe no disociada de la vida* que debe "renunciar a la pretensión por vía de poder de un restauracionismo de la llamada "cultura católica". Al mismo tiempo debe testimoniar allí donde esté presente el cristiano sumergido ya de una vez para siempre en un mundo laico, secularizado, a veces hostil, pero viviendo en todo caso una misma y única historia con todos los hombres. De forma silenciosa o explícita, según la vocación y el talante de cada cual, el cristiano deberá expresar su fe sin el soporte del Templo ni la seguridad del Padre anclado en el Vaticano. Así la vivencia misma de su propia fe, tenue, sin soportes apenas, compartida en pequeña comunidad ligada por casi invisibles cordones umbilicales con otras semejantes, será la experiencia de su propio testimonio. Con nuestra fe damos cuenta de cada uno de nosotros; y no sólo ante Dios, sino ante el común de los hombres. No invadir,

pues, ni menos avasallar gracias al poder del Templo, sino simplemente testimoniar. Palabra gastada también que deberemos recuperar en su pleno sentido de debilidad y esperanza si deseamos abrir una inédita pastoral de la gracia. Y testimoniar allí donde parece más difícil y hostil hacerlo. Allí donde parece que la cultura contemporánea no siente el menor interés por la Palabra. Allí donde las puertas parecen cerradas" (*La soledad de la fe*, 1978).

La radicalidad de su talante profético rehuía componendas fáciles. Lejos de una fe moralizante y moralizadora, vivió una fe desnuda y austera, oscura a veces, inmersa en el *misterio de la Comunión de los Santos*, en esa comunión de los vivos y de los muertos, unidos por el Espíritu del Crucificado-Resucitado, *con un sentido transhistórico que implica lo intrahistórico*, desde una fe encarnada de la que brota la justicia, indisociablemente unida a ella, pues forma parte de su núcleo experiencial. Éste fue el *credo y la práctica que dieron sentido a su vida*, una práctica que se desarrolló en la tarea colectiva, entre quienes luchan por construir un mundo nuevo, siendo para él esta proximidad con los oprimidos condición indispensable para desentrañar la verdad. Su palabra surgía de la lucha diaria, del arraigo en la realidad, acompañando y sosteniendo la esperanza de los débiles, tratando de hacer eficaz una intuición, un ardiente deseo, en solidaridad con los pobres de la tierra y su causa. *Partía de la realidad vivida antes que teorizada.*

Una fe desnuda que ilumina

Y supo vivir la Cruz como misterio del más grande amor y a la vez como interpelación en relación a cómo hemos organizado un mundo que es capaz de matar al Justo y que continúa matando a tantos hijos e hijas de un mismo Padre. Y a la vez fue *transmisor de esperanza*, no sólo con su palabra sino con su vida; transmitió un *humanismo liberador* que no pierde su vigencia en la medida en que hay todavía muchas injusticias que combatir y seres humanos en muchos lugares del mundo que continúan viendo amenazadas su dignidad y su supervivencia.

Hablar hoy de Alfonso Comín es proyectar luz en tiempos oscuros y mediocres; su ausencia se deja sentir, más si cabe, en momentos huérfanos de liderazgos morales y llenos, sin embargo, de una prudencia que raya la cobardía en muchos casos. Alfonso pertenecía a ese tipo de hombres capaz de sacar de cada cual lo mejor de sí mismo; sabía generar complicidades y aunar esfuerzos en la lucha y el trabajo por la justicia, por ello *puede seguir siendo punto de referencia para aquellos que no quieren sucumbir a la ideología de lo inevitable.*

Su legado es importante, como ya pusimos de manifiesto al comienzo de este escrito: ayudó a la evolución de ideologías y partidos que se definían como ateos hacia la tolerancia y respeto hacia el *hecho religioso*; asimismo, impulsó la evolución de la propia Iglesia entendida, en términos del concilio Vaticano II, como *Iglesia Pueblo de Dios*. Y más en concreto, hombres como Alfonso Comín han abierto brecha, dando carta de naturaleza a temas tan decisivos como *el pluralismo ideológico y también ético*, *de soluciones técnicas*, *para los cristianos*, cuestión ésta de enorme importancia en el seno de sociedades tan plurales como las actuales.

Alfonso Comín fue –es–, un don, un regalo de Dios para la Iglesia y para la sociedad. Vivió sumergido en el misterio de la liberación humana,

por la que luchó y en esa lucha pudo entrever el sentido de su propio misterio personal, *penetrando en el corazón de la realidad y en fidelidad a ella, que es lo mismo que decir en fidelidad al ser humano y a Aquél que está en el corazón de toda la realidad, el mismo Dios. El testimonio de su vida es luminoso y permanece actual*, porque no envejece aquel testimonio enraizado en la Vida de Quien es la Vida del mundo, el principio de donde venimos y el fin al que convergemos. Viviendo ya la Plenitud de la Vida en Dios está Alfonso y todos aquellos que nos han precedido en la lucha por hacer el mundo y la iglesia un poco más de acuerdo con el sueño de Dios. Utilizando sus propias palabras, sacadas de una carta abierta a Emmanuel Mounier (*La reconstrucción de la Palabra*, 1997), también nosotros podemos hoy, haciéndolas nuestras y refiriéndonos a él decir que "en la ciudad de la Comunión nos encontramos. Donde serán nuevas todas las cosas".

Nota: En *PÁGINA ABIERTA* de este mismo número transcribimos una selección de las preferencias que expresó Alfonso Comín en la revista *El Ciervo* en marzo de 1960, cuando contaba 27 años de edad y a las que se mantuvo fiel durante toda su vida.